

Mi amigo Mario Jaramillo, autor de esta obra, me pide que escriba un prólogo para presentarla.

Lo considero un honor inmerecido, pero aprovecho su petición para hacer algunas consideraciones sobre el contenido del trabajo.

Tienes entre las manos, lector, un libro ameno, en que Jaramillo expone, claramente, sin disimulos, las luces y las sombras de aquellos hombres excepcionales, que fueron los Conquistadores Españoles de primera y segunda fila.

Todos la tuvieron y el autor las refleja con ecuanimidad, con seriedad, pero de manera desenfadada, con graciosas y oportunas apostillas y aun con acotaciones a las apostillas que, para decir cosas serias e importantes, no es necesario hacerlo con gesto de enojo, ni emplear énfasis ni prosopopeyas.

Yo te aseguro, lector, que vas a disfrutar con el examen de estas biografías, expuestas por Jaramillo en forma amena, tras haber considerado buen número de obras de los principales autores, que han tratado esta materia.

Dice que a América le faltó tiempo para madurar su propio Medioevo y dice bien —yo no había caído nunca en ello— y aún dice poco; ahora, después de meditarlo, creo que tampoco asimiló por completo los siglos XVI y XVII. Saltó del final de la Edad Media, vivió apresuradamente, al siglo XVIII.

Él piensa que tal hecho —cuyo estudio y enunciación sería preciso afrontar, sin perder de vista buen número de matices— se debería fundamentalmente al afán centralizador de la Corona, que dictó leyes obtusas, pero yo creo, que ese afán centralizador se manifestó a las dos orillas del Atlántico y además, era lo que entonces se llevaba y las leyes, dictadas en aquella época, eran justas porque se hacía necesario sujetar de algún modo los entusiasmos, excesivos, de los Conquistadores y pobladores de la América Hispana.

También me gustaría que el lector reflexionase sobre una verdad, que debería exponerse hasta en los tratados de Historia más elementales.

Las grandes civilizaciones del Continente, lo eran comparadas con el grado de desarrollo alcanzado por las tribus indígenas no incluidas en ellas. Pero confrontadas con la Civilización Occidental, habría que retroceder veinte o treinta siglos, para encontrar una realidad semejante.

Creo también obligado, hacer una referencia al origen de los hidalgos, a cuyo estamento pertenecieron todos los conquistadores cuyas peripecias vitales aquí se exponen.

Curiosamente ahora, en la época más reciente, la mayor parte de los historiadores ha vuelto a sostener lo que se decía por sus viejos colegas hasta mediados del siglo XIX.

Hidalgo era hijo del godo y poco importa que etimológicamente sea o no admisible la relación. No todo es etimología.

Después de negar aquel origen, muchos modernos historiadores, fundándose en los derechos y deberes que los hidalgos tenían al comenzar la Reconquista y en el modo de vida que llevaban, han vuelto sobre su acuerdo y empiezan a proclamar la relación del hidalgo con el godo, suponiendo que los más primitivos infanzones fueron hijos, nietos y descendientes de los Primatees del Palacio y de los grandes funcionarios que administraban las demarcaciones territoriales.

Pero se plantean, los historiadores, un problema, que les desasosiega e inquieta: ¿Cómo tan pocos grandes burócratas de aquellos prime-

ros años pudieron dar origen a un grupo de hidalgos tan nutrido que llegó a alcanzar un 3% de la población de España?

Pues, a mi modo de ver, la explicación es sencilla.

En primer lugar recordemos que Alfonso I, aprovechando la insurrección de los bereberes contra los árabes, yermó el valle del Duero, en el curso medio del río, y se llevó a muchos de sus habitantes hacia Asturias.

Y esa zona media del valle del Duero se corresponde con la Tierra de Campos —los Campos Góticos— donde se había asentado muchos años antes, con el beneplácito de Roma, una nutrida colonia de godos venidos a España para frenar las incursiones de los suevos sobre territorio Hispanorromano.

Y después recordemos también que el segundo conde semiindependiente de Castilla, Garcí Fernández, duplicó el número de hidalgos que vivían en su condado, elevando a esta condición a muchos plebeyos para contar con un mayor número de guerreros, con el fin de oponerlos, si la ocasión se presentaba, a su Rey y señor natural, que era, como ustedes ya saben, el de León.

Y otra cosa, otra advertencia. Está dictada por mi leonesismo militante. Extremadura fue arrebatada a los musulmanes fundamentalmente por leoneses.

Cuando Fernando III, en quien se habían reunido las coronas de León y Castilla, comenzó su reinado, ya poco había que hacer allí.

Después, quizá mucho después, una o dos generaciones antes de la época del Descubrimiento, se asentaron allá castellanos, probablemente por efectos de la Trashumancia, que tan grande influjo tuvo en la vida y en el desarrollo de Extremadura, durante la Edad Moderna.

FRANCISCO DE CADENAS ALLENDE,
Conde de Gaviria